

## LA INDEPENDENCIA

Por RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

### ORACION GRATULATORIA EN CELEBRACION DEL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL

Pronunciada en la Catedral de Bogotá el 20 de Julio de 1910, en la fiesta con que el Arzobispo Primado, el Capítulo y el Clero celebraron el natalicio de la República, por el Canónigo Dr. Rafael María Carrasquilla.

*Beata gens cujus est Dominus Deus eius*  
Psalm. XXXII, 12

Bienaventurada la nación que tiene por Señor a su Dios

Excelentísimo Señor.

Ilustrísimo Señor.

¡Qué hermoso es el día en que los hijos, venidos de distintas tierras, se congregan al rededor de la no olvidada mesa para celebrar el cumpleaños de la madre! Heridos acaso por desengaños y dolores, adornada la frente con las primeras canas, nacidas más que de los años de las luchas y amarguras de la vida, dejan a un lado la adquirida experiencia, sacrifican resentimientos entre hermanos, deponen la gravedad viril, y vuelven a ser niños y renuevan las inocentes burlas de la infancia, rodean a la matrona de blancos cabellos, bésanle la frente con religiosa veneración y la colman de agasajos y de obsequios.

Ella, ataviada con las austeras galas de la viudez, reemplazadas las lágrimas del dolor maternal por las del reconocimiento y la ternura, vuelve a dejar que fulgure en sus ojos el brillo de la juventud, que se alcancen a transparentar en las mejillas las ocultas rosas de los años ya idos; reprende festivamente al uno, sonrío al otro, se enorgullece con los triunfos de todos, y bendice a Dios, que le compensa en un día de ventura los martirios de meses y de años.

Hoy estamos congregados en este recinto para celebrar el Centenario de nuestra madre la Patria, hermanos míos. Y quiero dar a esta palabra **hermanos** toda su honda significación patriótica y cristiana.

La Patria es nuestra madre. Nos engendró ella en su seno, somos pedazo de sus entrañas, carne de su carne, hueso de sus huesos; ella nos crió a sus pechos, nos abriga bajo su bandera sin mancha, nos da su nombre, el de colombianos, que yo no cambiaría por otro alguno; nos hace partícipes de sus laureles y triunfos; hermanos de sus sabios, sus poetas, sus estadistas, sus héroes y sus mártires.

El amor a la Patria es virtud, es deber imperioso de moral, y de moral cristiana. Jesucristo quiso anunciar antes que a nadie la buena nueva del Evangelio a las ovejas de la casa de Israel, y lloró sobre las futuras desgracias de Jerusalén como lloró sobre el sepulcro de Lázaro, su amigo. San Pablo se gloria en sus Epístolas de ser israelita, descendiente de los antiguos patriarcas, con ser el pueblo judío nación deicida, reprobada de Dios. León XIII afirma que el amor patrio no es obligación impuesta por ley positiva, sino deber de ley natural, que ha de ser uno de nuestros principales afectos, que ha de llevarnos a defender el suelo natal hasta rendir la vida.

Y aquí veo hermanos que han venido de todos los confines de la República a festejar a la madre, olvidados de rencillas y de odios, respirando el ambiente de la infancia, el aroma de la juventud: la infancia de 1810, la juventud de 1819. Bajo este techo sagrado están los que mecieron su cuna al compás de las olas, al romperse contra las mágicas riberas orladas de cocoteros y manglares; los nietos de los que defendieron la ciudad cien veces heroica; los que habitan las faldas de la Sierra Nevada soldados no vencidos—, donde Dios comprendió todas las maravillas del universo; los compatriotas y descendientes de García de Toledo y Fernández Madrid; de Díaz Granados y Padilla.

Aquí los habitantes de las dos abruptas comarcas montañosas, donde se esconde el oro en las vísceras del suelo, y la vegetación no germina sino al sudor de los industriosos habitantes; donde lo avaro de la tierra temple el alma de los ciudadanos; donde se alzaron acá los comuneros del Socorro; donde allá florecieron los Restrepos, y emuló con Cincinato el Dictador, el Dictador Corral; donde nacieron el estudiante que gritó **Firmes, Cachirí**; y el que pereció en Bárbula al plantar la bandera tricolor en las trincheras enemigas.

Veo a los que pisan las vegas del patrio Sogamoso, a los que moran cerca del Pantano de Vargas, y despertaron con el recuerdo de las dianas de Boyacá, a los soldados que guardan muertos, bajo el plomo enemigo, la rigurosa formación de parada; a los coterráneos de Camacho, el estadista y mártir; de Rondón, el Aquiles del Llano; de Ricaurte, el héroe sin modelo y sin imitador.

Me rodean los que en los llanos que riega el Magdalena, los que fecundiza el Saldaña, conservan intacto el lema del escudo nacional: **Libertad y Orden**; los que abrigaron la casa solariega de los Caycedos y dieron origen a Buenaventura, Perdomo, Lozano y mil más; los primeros en las artes de la paz, los primeros en las hazañas de la guerra.

Y no están ausentes los que respiraron en la niñez las auras del almo Cauca, de vegas que son copia del paraíso terrenal, tierra donde todo es

grande: desde los nevados que parecen querer escalar las nubes, hasta los hombres legendarios que son orgullo de Colombia. Aquí faltan el espacio y el tiempo: Joaquín de Cayzedo, Caldas, Torres, Cabal, los Mosqueras, los Pombos... ¡Tierra natal de mi padre, donde tengo tantos amigos fieles, tantos discípulos distinguidos: salve!

Están aquí también, aunque quizá en número menor, los hijos de Cundinamarca, los oriundos de mi amada Bogotá. Paisanos y descendientes de Nariño, Vélez, Ortega, París: dejadnos hoy que os tributemos los honores de la casa. ¿Qué hacer? No es mérito nuestro que tocara a D. Antonio Nariño, D. Manuel de Bernardo Alvarez, D. Jorge Tadeo Lozano, D. José Ortega, D. Antonio Morales, dar el grito de independencia.

Ni ellos habrían cumplido sus propósitos levantados sin la colaboración de muchos próceres ilustres, nativos de distintos puntos del país. Lo que demuestra que antes que los timbres de provincia o ciudad, todos los hijos de Nariño y de Bolívar debemos adornarnos y enorgullecernos con el glorioso título de ciudadanos de Colombia.

¿Y qué si el aniversario de la Patria es también el de la libertad? ¡Oh libertad, que, según la frase de León XIII, eres bien importantísimo entre todos los concedidos por Dios a la criatura racional! Tú distingues al hombre de los brutos, lo acercas a la dignidad del ángel, lo constituyes imagen del Criador; tú resueñas deliciosa a los oídos del patriota americano, porque le recuerdas el nacimiento de la República, las hazañas de los guerreros de la Independencia; porque estamos acostumbrados a leer tu nombre en la bandera tricolor, que vuelve a las capitales conducida por el Ejército vencedor, agujereada por las balas y ennegrecida por el humo del combate.

¡Oh, la bandera de la Patria es santa,  
Flote en las manos que flotare!,

dijo un insigne apologista católico, un poeta grande, un eximio patriota.

Mas ¿por qué celebrar este aniversario bajo las bóvedas de una basílica cristiana? A qué título canta el himno de la libertad y de la Patria un hombre envuelto en el lúgubre ropaje del sacerdote de Cristo, con las vestiduras de esta catedral bogotana. No os fijéis, hermanos, en que el predicador lleva, aunque indignamente, en sus venas, sangre de libertadores: bástale su carácter de sacerdote, el de Omaña y Padilla; sóbrale con su título de canónigo de esta Catedral, que llevaron Caycedo, Pey, Duquesne, Sotomayor, Lasso de la Vega, Fernández Saavedra, para poder pregonar las glorias de Colombia.

La Iglesia fue la civilizadora de nuestra Nación, la libertadora de nuestra Patria, la fundadora de nuestra República. Estadme atentos.

Deudores somos de nuestra civilización a la madre España. Ya pasaron aquellos días en que las hijas hacían cargo a su madre de todos sus infortunios, y en que la madre apellidaba a las hijas emancipadas ingratas y rebeldes. Esta mañana, antes de venir aquí, vi flotar al viento, en la portada

de la Legación de Su Católica Majestad, el pabellón rojo y amarillo, el de los castillos y leones, el que avasalló por medio siglo la Europa, el que, al decir de uno de nuestros vates más insignes,

Sobre el mundo se extendía,  
Siendo el asombro y espanto  
Del agareno en Lepanto,  
Y del francés en Pavía.

Las hijas se inclinan ante la grandeza secular de la madre, y ella se yergue orgullosa, con el pensamiento de haber dado el sér a treinta naciones independientes y libres.

Cuando el genovés Cristóbal Colón andaba ofreciendo un mundo, que sólo existía en su mente portentosa y en la realidad creada por Dios, no lo entendieron sino dos frailes franciscanos, los Padres Pérez y Marchena, y una reina que llevaba por excelencia el nombre de Católica.

Lanzóse él a las olas, iluminado por la lumbré que no razona sino que ve, llamada el genio, encontró la América y volvió a ponerla rendido a los pies de Isabel.

Entonces los vencedores de la Media Luna, en lucha de once siglos, partieron al Mundo Nuevo, ansiosos por darle

Al rey infinitas tierras  
Y a Dios infinitas almas.

De todo hubo entre los pobladores de América: hidalgos y pecheros, caballeros y mendigos, santos y perversos, sabios y aventureros. Pero todo lo dominó el espíritu cristiano: el misionero se sobrepuso al conquistador; al militar, el letrado; el sabio jurisconsulto, al encomendero vulgar.

Un día el licenciado cordobés D. Gonzalo Jiménez de Quesada, a la cabeza de un centenar de soldados, llegó, después de un viaje de un año entero, a esta hechicera Sabana de Bogotá. El 6 de Agosto de 1538 fundó, en el sitio de Teusaquillo, la ciudad que en recuerdo de la Patria ausente, apellidó Santa Fé. Inauguró el Reino Nuevo de Granada, en nombre de la Corona de Castilla, con la misa primera que celebró en estas alturas el dominicano Fray Domingo de las Casas. Sirvió de altar un banco de césped; de retablo, los árboles del bosque; de incienso, los aromas del campo; de cúpula, el dombo azul del firmamento; de órgano, los murmullos de la selva, el trinar de los pájaros, el susurrar de la brisa y el de los riachuelos, entonces puros, que se desprendían de los cerros altísimos de la cordillera oriental.

Tres escuadrones europeos formaban frente al rústico, improvisado templo: el de Quesada, al pecho la coraza de hierro, abollada por las picas indígenas; el yelmo, ya sin plumas en la frente, desgarrado el jubón, destañada la sobreveste; el de Belalcázar, fundador de Quito y de Popayán, ataviado con las galas relucientes de la corte del César Carlos V; el de los tudescos, seguidores de Fredemann, cubiertos de pieles de venado, y en que formaban contraste el rostro atezado por el sol de los llanos, con los ojos azules y los rubios cabellos.

El sacrificio del aitar, instituido por Jesucristo mi Señor y el vuestro, por amor a nosotros, iba avanzando. El sacerdote se inclina sobre la hostia inmaculada, pronuncia las palabras que el Salvador nos mandó proferir en memoria suya; truécase la sustancia del pan en la del Verbo hecho carne; y alza el sacerdote la víctima del Calvario. Los clarines guerreros tocan marcha; los siguen los tambores que redoblan; los soldados quiebran la rodilla y presentan las armaas; se humillan los estandartes españoles, triunfadores ante los muros de Granada,

Al ver a los hijos del sol, a los genitores del rayo, doblar las frentes ante Dios hecho hombre, hecho pan, los indios se postran hasta el polvo, y luégo unen los sonidos de sus fotutos y caracoles al estruendo de los parches y cornetas de sus irresistibles vencedores.

Aquel día Cristo, hijo de Dios, Cristo redentor de los hombres, Cristo civilizador de la tierra, tomó posesión de estas comarcas, para no abandonarlas jamás. En las bases graníticas de los Andes, con igual título que en el fundamento del obelisco de Sixto V, quedaron grabadas por el dedo de Dios estas palabras: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*. Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.

Y siguió reinando en los tres siglos de la Colonia, y venciendo la codicia de conquistadores y encomenderos y las injusticias de presidentes, y oidores, y virreyes, mediante la acción redentora de la Iglesia. Ella abrió los caminos por donde transitamos todavía, fundó nuestras ciudades y villas, levantó las iglesias en que oramos, los colegios donde aprendimos, los hospicios y hospitales, y asilos que dan a los infelices el pan del alma y el del cuerpo.

La Iglesia fundó al lado de cada iglesia parroquial una escuela, al lado de cada convento una Universidad. Díganlo la javeriana, dirigida por los padres jesuítas; la tomística, regentada por los hijos de Santo Domingo de Guzmán. Y ella creó los dos colegios insignes de San Bartolomé y el Rosario, por manos, el uno, de D. Bartolomé Lobo Guerrero; el otro, del Maestro Fray Cristóbal de Torres, Arzobispos entrambos de esta sede bogotana, y fue maestra del sacerdote José Celestino Mutis, introductor del moderno saber en nuestra Patria. Los Padres de la Compañía de Jesús trajeron al Nuevo Reino la primera imprenta. ¡Gloria inmortal a esos ilustres obreros de la civilización y del progreso!

En los dos colegios insignes memorados, a la luz y al calor de las doctrinas de Santo Tomás y de Suárez, se formaron los fundadores de la Patria. ¡Cómo nó si, católicos instruidos y fervientes, habían leído en San Pablo que los cristianos no hemos recibido espíritu de servidumbre para obrar únicamente por temor; que ante Dios no hay distinción de judío y griego, bárbaro y romano; si sabían que el amor a los hombres es el supremo mandato del Salvador del mundo! ¡Cómo no, si habían aprendido en las obras de Santo Tomás que la razón humana es *participación de la luz divina*; que la ley es *ordenación de la razón*, no de la fuerza ni del capricho, ni del interés, ni del número; que los gobernantes son los que *cuidan de la comunidad*, no los que la dominan y avasallan! Habían leído en los libros de Suárez, el eximio, que el pueblo tiene soberanía delegada de Dios, y que todo mandatario alcanza su autoridad del consentimiento popular tácito o expreso.

Llegó el día, señalado por la Providencia, en que las colonias españolas alcanzaron la mayor edad, y con ella el derecho de gobernarse por sí propias. Coincidió aquel momento con el otro en que la Madre España se vio traicionada por sus reyes, vendida al usurpador francés, en que la sangre de sus hijos corrió a torrentes, el memorable *Dos de Mayo*, por las calle de Madrid. Las ciudades españolas, dominadas por el usurpador, abandonadas por sus monarcas, constituyeron las Juntas famosas, que dieron ánimo y recursos al patriotismo, que crearon los improvisados ejércitos defensores de Gerona y Zaragoza, triunfadores en Bailén y Talavera.

Las Provincias de América, aún más abandonadas, siguieron el ejemplo de sus hermanas de allende el Océano. Quito las precedió a todas. Santafé dio el grito once meses más tarde. Hoy conmemoramos esa efeméride gloriosa. Venid conmigo a la plaza, donde ahora señorea la inmortal efigie del Libertador; penetremos en espíritu al recinto del Cabildo abierto; veamos, oigamos. ¡Cuántos vestidos talaes, cuántos hábitos religiosos, entre las garnachas de los juriconsultos, las ropillas de los mercaderes, los galones y charreteras militares! Se disputan entre sí, sin quererlo, el cetro de la elocuencia D. José Acebedo, el tribuno del pueblo, y Fray Diego Padilla, el agustino, asombro de los doctos por su sabiduría; ídolo, por su caridad, de las clases populares. Y todos, clérigos y laicos, corren al siguiente día, a la cabeza del pueblo, a poner en libertad al Dr. Andrés Rosillo, Magistral de esta Catedral de Santafé, preso en el convento de Capuchinos, y uno de los promotores del patriótico movimiento.

En la inmortal acta de Julio se comenzó invocando el sagrado nombre de Dios; en ella se reconoció la Religión Católica como única verdadera; y los miembros de la Suprema Junta Vinieron en corporación a esta misma Catedral a dar gracias al Todopoderoso por la adquirida libertad e independencia.

Aquí principia la inmensa epopeya americana, que tiene para sus actores —sabios, héroes y mártires— la tacha de que no será fácilmente creída por las generaciones futuras. Duro creer, dentro de un siglo, en la inmolación de Caldas, en el *paso de vencedores* de Córdoba, en el volcán de San Mateo, en la bandera de Bárbula.

¡Oh!, si cupiera dentro de mi plan el cuadro de las hazañas de nuestros mayores, ¡cuántos personajes haría yo desfilar ante vuestra encendida fantasía! A Nariño, descubridor de la América libre al través del tiempo, como Colón, de la América nativa, a través del espacio; a Maza, que desbarata los tercios españoles, como el simún arrolla las caravanas del desierto; a Ortega, al escalar las cumbres de Vigirima o al caer en Valencia bajo las balas enemigas; a Vélez, cuando salta desde el techo humeante de la casa fuerte de Barcelona sobre un bosque de bayonetas peninsulares, y se abre paso con la espada; a D'Elhuyart, que halla su tumba en el fondo del mar, y a Ricaurte, que la encuentra

en el cóncavo azul del firmamento;

a Girardot, que ora, triunfa y muere; a París, que en Bomboná pierde una mano y alcanza la charretera de Jefe; a Santander, que le improvisa a

Bolívar un ejército y con él da la carga decisiva de Boyacá; a Herrán, el húsar de Ayacucho, nunca vencido en cuarenta años de batallar, y con todo más ilustre que, como militar, como caballero y ciudadano.

Mirad aquel grupo de cuarenta y cuatro presos, enviados desde Santa-fé, entre una fuerte escolta de soldados. Son sacerdotes, llevan hechas andrajos las sotanas, están enflaquecidos por la fiebre, ennegrecidos por el sol, rendidos de fatiga. Allí va la flor y nata del clero granadino: Rosillo, el alma de la revolución; Pey, el de corazón de paloma; Duquesne, el sabio, el lingüista; Caycedo, que tornará a la patria, ya libre, a ceñirse la mitra de este Arzobispado por voluntad del Papa León XII, contra el querer del Gobierno español.

A la entrada de Puerto Cabello, una mujer del pueblo, movida a compasión, desliza, a hurto de los soldados, en la mano del Dr. Caycedo, medio real de plata. El, conmovido, besa la limosna y la guarda como reliquia sagrada. Al recobrar la libertad, hizo engastar la roñosa moneda en rico medallón de oro; y en lo sucesivo celebró aquel aniversario distribuyendo dos mil medios de plata a los pobres, en la puerta de su palacio episcopal.

Los mártires de la Patria pasaron todos su noche postrimera al pie de la imagen de Jesucristo, agonizante en la cruz; le recibieron por viático, por vez última, y de la fe y la caridad y la esperanza sobrenaturales derivaron la pasmosa serenidad con que cumplieron su heroico sacrificio. Y creer, y amar y reposar en Dios supieron durante la vida y en el trance de la muerte los veteranos de cien combates y victorias. De mí se deciros que la fe católica, luz, fuerza, consuelo, dicha de mi vida, me viene de un soldado de nevados bigotes, traspasado por las balas españolas y el primero a quien Bolívar condecoró con la estrella de los libertadores de Venezuela.

He nombrado a Bolívar. Ante su nombre todo otro nombre palidece, como se apagan los luceros a la aparición del astro-rey. Hoy vence, sucumbe mañana, aparece triunfador al día siguiente; deja a Venezuela, cruza los Llanos inundados, trasmonta los yertos páramos de los Andes, hiere en Vargas, anonada el dominio español en Boyacá. Torna a su patria, la liberta en Carabobo. Antes había reunido en Angostura, bajo la presidencia de Zea, a los Diputados de Nueva Granada y Venezuela, constituido a Colombia, la grande, la suya, la respetada de reyes y de pueblos, terminando su elocuentísima proclama con el grito de ¡Viva el Dios de Colombia!

El Dios de Colombia descendió años después a confortarlo, cuando enfermo, desterrado, moribundo, transido de pena por haber arado en el mar, ponía la mente en la vida futura, donde no hay ingratos, en el Juez misericordioso que no apaga la lumbrera del genio después de encenderla; que no crea corazones inmensos para dejarlos vacíos, y sólo pide un acto sincero de amor para salvar al hombre.

De entonces acá ha seguido la Iglesia, sin descanso, su oficio de civilizadora y de maestra. Al extranjero que nos visite hoy casi no podemos mostrarle sino los edificios alzados por la piedad cristiana, los cuadros de nuestros templos, las tallas y dorados de nuestros altares. En los últimos años se han levantado a la caridad, por los sacerdotes, por los religiosos,

por los fieles, edificios suntuosos que no desdecirían de una ciudad europea: el Colegio de la Presentación, el Asilo de la Infancia desamparada, el Hospital de la Misericordia y otros varios. Visítadlos: palpita en ellos el espíritu de Cristo.

La Iglesia en todo tiempo ha reclamado con respeto, pero con energía, contra los abusos de los gobernantes; ha enseñado a los ciudadanos el deber de acatar la autoridad legítima. Ella vive hoy entre las tribus salvajes del Caquetá, Casanare, San Martín, El Darién y la Goajira, atrayendo las tribus indígenas a la cultura por medio de heroicos misioneros, miembros de las comunidades religiosas; ella lleva esperanza, y alivio, pan y enseñanza a Contratación y Agua de Dios, asilos que merecen el dictado de *città dolente*, pero no el de *eterno dolore*, porque los hijos de Don Bosco han enseñado a los leprosos a confesar, como Job, que "vive su Redentor, los resucitará en el postrero día y le verán en la propia carne," limpia ya de los estragos de la enfermedad pavorosa.

En cada aldea de nuestros Andes, la iglesia parroquial es el único recinto decoroso que congrega a los labriegos, inspirándoles porte de honor y de respeto; las imágenes sagradas son su único museo; la plática cural, su lección única; el órgano del coro, la sola música grave que oyen en su vida. El párroco es su consejero, consolador y padre, y la casa del cura es la de todos, ha cantado el príncipe de los poetas que viven en Colombia.

Mirar a la Iglesia Católica con indiferencia o desvío es en un patriota ingritud abominable; odiarla, perseguirla, es el crimen del hijo de Agripina, que hizo dar de puñaladas a su madre. Delito inútil, porque la Iglesia, apoyada en las promesas divinas, es inmortal; tan inmortal como Dios, que la fundó.

Permitidme, para concluir, presentar a nombre del Primado de Colombia, del Capítulo y del Clero, reverente saludo a las altas autoridades civiles y militares que nos honran aquí con su presencia; a los representantes dignísimos de las naciones amigas, empezando por el egregio Delegado del Padre común del Vicario de Cristo en la tierra. Hacemos votos singularmente por la paz y armonía entre las Repúblicas latinoamericanas, en especial las que formaron a Colombia, después de triunfar juntas en Boyacá, Carabobo y Pichincha.

Y nosotros, católicos y colombianos, hijos de la Iglesia y de la Patria, ¿hasta cuándo desgarraremos con nuestros odios fratricidas el corazón de nuestra Madre la República? Juremos hoy, ante el tabernáculo del Dios de nuestros mayores, del Dios de Colombia, inmolar nuestros rencores insensatos, sin renunciar por eso a lícitos ideales, que cuando van dirigidos por la justicia y animados por la caridad, antes favorecen que impiden el engrandecimiento nacional.

Ignoro lo que guarde la segunda centuria de nuestra vida independiente. Mas si, lo que no sucederá nunca, el fuego del patriotismo se apagare algún día en esta tierra tan amada, id a buscarlo entonces, y lo hallaréis intacto, en el corazón y en la mente de los Obispos y sacerdotes colombianos.